

TEORIA DEL "BUNKER" POLITICO

En el número 970 de "Vida Nueva", correspondiente al 22 de febrero pasado, se publica un artículo de Pedro Moral bajo el siguiente y sugestivo título: "¿Escapar o encerrarse en el 'bunker'?". El dilema que este interrogante plantea cuando se aplica a una clase política en el poder es lo suficientemente dramático como para que nos detengamos unos momentos a reflexionar. Porque, ¿cómo puede llegarse a semejante situación política, parangonable a una coyuntura militar? Habría que pensar que cuando la intensidad del conflicto político adquiere semejante magnitud —caracteres de "callejón sin salida"—, es porque junto al deterioro de las metas que el sistema persigue, y el desprestigio de las personas que lo dirigen, hay que añadir que se ponga en entredicho la propia organización política global sobre la que el mismo funciona. Y, sin embargo, lo realmente definitivo para que pueda darse el "bunker" político es la actitud psicológica de aquellos que lo protagonizan.

Analicemos, no obstante, sus condicionamientos políticos. Que la sociedad española a nivel de 1975 no es la misma que en los años 40, es algo tan obvio que se impone por sí solo. Es sabido que a raíz del fin de nuestra guerra civil se atribuyó casi inmediatamente un importante papel al bienestar y a la seguridad como remuneraciones altamente queridas por la población. Los españoles quedaron desconcertados respecto a su autoidentificación política nacional —máxima después del fracaso del fascismo en la segunda guerra mundial—, y entonces pretendieron reconstruirse en tareas individualistas —ganar más y consumir más—, en sustitución o detrimento de otras tareas colectivas. Se confirió así una alta valoración al bienestar como factor de estabilización, sobre todo cuando se tomaba como referencia el nivel que existía antes de la guerra. Y en tanto que la relación entre los ingresos obtenidos frente a los deseados se mantuvo a favor de los segundos, con posibilidades reales de aumentarse, la tendencia al conservadurismo de derechos permaneció vigente. De tal modo que aunque la desigualdad en la estructura del bienestar era muy grande y había sectores a niveles bajísimos, ello no se percibía, no se consideró relevante, incluso en el mejor de los casos no se valoró negativamente, ya que se apreciaba como algo ineluctable; factores naturales casi queridos por Dios o factores personales de mérito personal. Lo que contaba, en líneas generales, es que había una coyuntura continuada de bienestar posible, que todo lo cubría y hasta justificaba. Incluso el pluriempleo

necesario para poder mantenerla era un factor que contribuía aún más a la estabilización reinante.

De aquí que el posible descontento no encontrase la menor sanción social respecto a una conducta de disconformidad política, sino que, al contrario, dentro de la familia, los amigos, el trabajo, se repudiaba ésta como algo "anómalo", "antisocial" y siempre peligroso. Esta disonancia entre la motivación orientada hacia el cambio de la sociedad global y la imposibilidad de expresar dicha motivación en el plano de la acción política, llevaba a un debilitamiento de la misma. En última instancia, se diluía o marginaba en un contexto social que le era adverso.

José Aumente

Pero las condiciones han cambiado. Hemos llegado, evidentemente, a una situación en que los deseos de participación de muchos sectores de la población en la elaboración de las decisiones políticas es cada día mayor. Coincide con un deterioro de "los mecanismos" del Régimen y, sobre todo, con la generalización de la conciencia de que tal y como funcionan hoy los procedimientos del poder, conducen a un callejón sin salida. La preocupación así por la "cosa política" se está extendiendo a pasos agigantados, y puede afirmarse que en pocos meses, la politización de nuestra sociedad adquiere unos niveles hasta ahora insospechados. Hoy se habla de política, y sectores hasta ahora indiferentes o lejanos comienzan a inquietarse seriamente por nuestro futuro político. No sólo, pues, las condiciones objetivas están cambiando, sino que, como casi siempre ocurre en estos casos, las subjetivas se sienten modificadas por las primeras.

Por otra parte, cuando el nivel de bienestar y mayor consumo deja de constituir un objetivo prioritario —un mecanismo al mismo tiempo enajenante—, los derechos políticos comienzan a ir adquiriendo poco a poco un carácter remunerativo, en cuanto suponen la satisfacción de unas necesidades subjetivas reales. Y así, los derechos de participación política se convierten en necesidades casi imperiosas que comienzan a ir reclamando aquellos estratos medios y superiores que no se conforman con ser manejados y dirigidos por una minoría monopolizadora de los órganos del poder. Las tensiones se hacen entonces manifiestas. El ámbito y extensión de estos derechos políticos tienden a ser recortados, disminuidos, cuando no deformados, por parte de aquella minoría que

domina políticamente; por el contrario, cada día son más extendidos y valorados por la población estos derechos de participación política. Aparece, pues, una disonancia o una tensión entre la percepción y el deseo que de estos derechos tienen sectores mayoritarios de la población y las oportunidades o disponibilidades reales que de los mismos ofrecen "los que mandan".

La actitud clásica de la minoría dominante es entonces siempre la misma en todas las dictaduras: Se sancionan y reprimen aquellas conductas que aspiran a las libertades democráticas, confiando en que la disonancia entre la motivación que impulsa hacia las mismas y las prohibiciones coercitivas de

cionales de su origen —comienzo de un ciclo histórico y fin de una guerra civil— pueden hacer pensar a los dirigentes que la pérdida de poder lleva consigo simultáneamente no sólo la pérdida de seguridad económica, de prestigio total, sino incluso de la seguridad vital. De aquí su temor también a la apertura, la tolerancia, la participación política; el miedo a verse "desbordados".

Esta excesiva necesidad de seguridad por parte de unos dirigentes políticos es uno de los factores más importantes que pueden condicionar la irracionalidad de los mismos, su tendencia al "bunker" político, al inmovilismo a ultranza: defensa de unos principios absolutos, inmutables y eternos —como si políticamente tal fenómeno fuera posible—, y defensa de unas posiciones de privilegio que se acostumbraron a considerar "naturales". Y entonces la tolerancia hacia la crítica no se interpreta como apertura y seguridad, sino como debilidad política, traición o heterodoxia. Y entonces, esta clase dominante autocrática mide las realizaciones del poder menos por sus posibles cambios socio-estructurales o socio-coyunturales, menos por la concesión de derechos de participación, que por la supresión coactiva de todo conflicto, o sea, por el mantenimiento formal del llamado "orden público". Se piensa que lo que en otros tiempos "dio resultados", habrá de seguir dándolos también hoy. Lo cual no es sino absolutamente irreal y equivocado. De aquí que la huida al "bunker" político no pueda tener nunca una fundamentación racional —de naturaleza estrictamente política—, sino una motivación exclusivamente psicológica. Cuando un proceso es irreversible —en nuestro caso, la democratización política—, porque así lo exige el propio desarrollo económico-social del país, negarse a él basándose en supuestas fidelidades históricas sólo demuestra la ciega irracionalidad de sus protagonistas.

Un principio elemental de todo poder político es cuidar de que sus objetivos de gobierno no se alejen demasiado de los intereses socialmente dominantes. En otro caso, se pondría de manifiesto la irracionalidad del mismo, en cuanto desconoce cuáles son las reales motivaciones de los grupos sociales presentes y cuáles las correlaciones de fuerzas que, siempre cambiables, se dan dentro de la sociedad en que domina. Sus consecuencias inevitables son un alejamiento progresivo de la realidad, un moverse en el vacío, un marginarse en "el mundo oficial", para ir retirándose poco a poco al dramático reducto del "bunker" político. En definitiva, el suicidio. ■

Se da también la circunstancia entre nosotros de que por haber accedido la clase dominante violentamente al poder, ello contribuye a aumentar esa necesidad de seguridad que todo dirigente político tiene. Las condiciones excep-